

por este libro que, si bueno en términos generales, resultará excelente para los jóvenes que se acercan a la historia de España.

Sólo hay que lamentar en él una poco afortunada corrección de pruebas, causa de errores sobre todo en nombres propios. Con vistas a una futura reedición, que sería muy deseable, señalo al autor en un apresurado repaso las páginas 25, 34, 46, 59, 125, 141, 145 y 160.

No es este el momento de señalar algunas discrepancias de matiz con el autor sobre puntos muy concretos de historia. Todas ellas de carácter secundario y más propias de estudiosos que del público en general. La valoración es pues absolutamente positiva. Si se hubieran escrito más libros como el que comentamos muy otra sería la idea que de España tendrían nuestros conciudadanos de hoy. Muy otra y mucho más exacta.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA.

Alvaro del Portillo: DESCUBRIMIENTOS Y EXPLORACIONES EN LAS COSTAS DE CALIFORNIA ()*

«El honor de dar América al mundo pertenece a España; no solamente el honor del descubrimiento, sino el de una exploración que duró varios siglos y que ninguna otra nación ha igualado en región alguna».

Estas palabras del gran hispanista Carlos F. Lummis, en sus libros de vindicación de la acción española en América, vienen a mi pensamiento al terminar la lectura del libro del Dr. D. Alvaro del Portillo. Presentado como tesis doctoral de Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid, el año 1934, ha sido reeditado a finales de 1982, una vez ampliado considerablemente en las notas (desde 1934 a hoy, se han editado estudios sobre el tema tan importantes como los de Aschman, Davis, León Portilla, Valadés y Velázquez) e introducido en el texto variaciones importantes. Al autor —hoy Prelado, en primera prelatura, del Opus Dei— le pareció este camino «el mejor, el más adecuado que servía a los ruegos de muchos amigos que querían tener en sus manos una obra agotada hace al menos un cuarto de siglo».

La *razón española* de esta obra, en línea con los ideales que inspiran esta Revista, no es otra que la propia de la hispanidad, es decir, la cifra de lo mejor de la historia de todos los pueblos hispanos, con un sentido geográfico intercontinental —que los descubridores de los siglos XV, XVI y XVII ensancharon hasta límites asombrosos—, que habla de promoción a la cultura, y un sentido ético que recoge el alto ideal, que Menéndez y Pelayo reflejó con maestría singular en su célebre Epílogo a la

(*) Ed. Rialp, Madrid, 1982, 500 págs.

Historia de los Heterodoxos: evangelización de la mitad del Orbe, defensa de los derechos humanos, fe en la salvación de todos los hombres y promoción elevadora de todos los pueblos hermanados entre sí. «Esa fue nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra».

De las dos clases de héroes, la de los viajeros y descubridores, y la de los conquistadores, ambas pasmosas, ambas imbuidas en un mismo ideal —las sombras del cuadro de los descubrimientos y de la conquista no hacen sino realzar los fulgores de aquellas hazañas gracias a las que hoy es América un continente cristiano—, el autor de este libro recensionado ha elegido la primera, situando a sus héroes en el espacio geográfico concretado entre los paralelos 22.º á 44.º, lugares que abordaron las expediciones de Andrés Tapia, enviado por Cortés, luego del descubrimiento de California en 1533, y las de Cabrillo y Bartolomé Ferrello, llegados a las cercanías del Cabo Blanco en 1542-1543; a aquella latitud que Drake se ufana de haber alcanzado casi un siglo después.

Y, situándolos en el tiempo, desde la Conquista a las expediciones y navegaciones de Pedro Porter entre 1635 y 1650, año en que se cierra la historia de los descubrimientos geográficos de California con esa prócer figura aragonesa. Hombre —dice del Portillo— «de entereza de ánimo poco común, de gran valor personal al servicio de la patria; magnánimo y desinteresado, sirviendo al Rey sin percibir enmolumentos y gastando en su favor su salud y su fortuna; que regaló al Monarca los bajeles con los que había realizado sus grandes descubrimientos. Remate digno del que había empleado su vida al servicio de los grandes ideales».

En este libro se sacan a la luz estos grandes ideales de estos grandes españoles. Los nombres, además de los citados, de Ulloa, Alarcón, Vizcaíno, Cardona, Iturbe (¡cuánto vasco españolísimo!) y Ortega, asentaron las correrías de Cabeza de Vaca, Soto, Fray Marcos, Coronado y Garcés, y llenaron de nombres de santos, en castellano, toda la costa americana.

Pero el autor nos da también una razón especial, personal, para sacar de nuevo su trabajo en esta segunda edición, con honores de primera. Cito sus palabras: «Estas personas del pasado, con los que entablé una peculiar relación de amistad, no son para mí personajes fríos, envueltos en la asepsia documental; los veo, al contrario, como algo vivo. Sus virtudes, sus defectos, fáciles por otra parte de observar, acaban por ser familiares; con las primeras se corre el riesgo de magnificarlas sin querer, por lo cual es imprescindible serenar lo escrito; con los vicios, que se comprenden, hay que resistir la tentación de justificarlos. Pero debo decir sin exageración alguna que en estos hombres los valores positivos de que hacen gala superan con mucho los aspectos negativos. En todos ellos, aunque en diferente grado, deslumbra el derroche de valor, en ocasiones temerario, al que

apenas si daban importancia; la envidiable tenacidad con que vuelven de nuevo a comenzar otra expedición descubridora tras el evidente fracaso de la anterior; el hondo sentido del honor llevado a límites que, si entonces eran corrientes, hoy pueden parecer a algunos exagerados e incluso molestos; la profunda ilusión, continuamente renovada, de servir a la patria con una dedicación constante; la escasa atención con que miran la muerte, porque ven siempre su vida proyectada en la trascendencia... Y es conveniente que nadie vea exageración en mis palabras tras haber confesado mi afecto por los misioneros, soldados y marinos que exploraron las costas de California entre 1532 y 1650».

La lectura de este libro, hasta hoy sólo conocido por especialistas, seguramente hará que recapitemos en esas virtudes humanas —muchas también sobrenaturales— de los grandes españoles que llevaron el nombre de la patria a los últimos rincones del mundo. El V Centenario del Descubrimiento debe estar ja-lonado por sus nombres.

JAVIER NAGORE YÁRNOZ.

**Armando Bandera, O. P.: PAULO FREIRE,
UN PEDAGOGO (*)**

Por vez primera estamos ante un libro sobre Paulo Freire que, verdaderamente, merece la pena leerse. Hasta ahora, casi todo (1) era admiración, elogio, panegírico, tanto de su figura como de su filosofía, de su «educación», de su método. Obras como las de Fausto Franco, Jesús Arroyo, Rogelio Blanco, Julio Barreiro, Hernani Fiori y José Luis Fiori, todo era franca aceptación, exposición admirativa. O repetición y asimilación como en las de S. Sánchez, Ruiz Olabuénaga, Miquel Martí, Raimundo Barros, y un largo etcétera que no tiene objeto señalar. Para

(*) Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 1981, 205 págs.

(1) Como excepción pueden señalarse: Víctor García Hoz, «La llamada educación liberadora» en *Roca Viva* (Madrid), núm. 76, abril de 1974, páginas 249-253 y núm. 77, mayo de 1974, págs. 326-328; «La educación liberadora de Paulo Freire», en *Educadores*, núm. 77, marzo-abril de 1974, págs. 161-171. Mons. Laureano Castán Lacoma, «Evangelización y catequesis», en *Boletín Oficial del Obispado de Sigüenza-Guadalajara*, abril de 1974; *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, mayo de 1974; suplemento al núm. 76 de *Roca Viva*, abril de 1974. Estanislao Cantero, *Paulo Freire y la educación liberadora*, Speiro, Madrid, 1975; también en *Verbo* (Madrid), núms. 133-134, marzo-abril de 1975, págs. 361-429; y en *Verbo* (Buenos Aires), núm. 153, junio de 1975, págs. 39-64 y núm. 154, julio de 1975, págs. 19-44. *L'Action Scolaire*, núm. 8, abril de 1975, «La pedagogie de Paulo Freire», págs. 3-12. Alberto Caturelli, «El marxismo en la pedagogía de Paulo Freire», en *Mikael* (Revista del Seminario de Paraná), año 4, núm. 12, tercer cuatrimestre de 1976, págs. 15-38; también recogido en *Reflexiones para una filosofía cristiana de la educación*, Universidad Nacional de Córdoba (Argentina), Córdoba, 1982.